

oíd el himno santo  
con que dirige al vencedor su canto.

“Y el canto no cesaba todavía  
cuando otros miles de entusiasmo ardiente  
publican sonorosos alegría :

“Ha vencido, ha vencido el valiente,  
loor eterno, inmortal á Santa-Anna ;  
al enviado infeliz de la Habana  
de Tampico en la arena humilló.

“Vencedor del Panúco, te levanta,  
gritara Veracruz, con breve planta  
vuela, vuela y caiga en este día  
la doméstica, odiada tiranía.

“Y el tirano cayó, y la victoria  
al héroe santo coronó de gloria.  
La patria venerable  
entonces se salvó ; salvóse luego  
también de la impiedad, y agradecida  
bendijo al *salvador*, su nombre adora  
y en él enclava ahora  
sus ojos celestiales  
brillantes con la luz de la esperanza,  
y en segura confianza  
de hallar alivio á sus infandos males.”

Tal era el lamentable modo con que ensayábase en lo épico el poeta ese, dejando á otros cosechar no el laurel de Apolo, pero sí la admiradora de Morfeo, con simplísimas composiciones sobre asuntos chavacanos.

De ese género es la *oda* — así la intituló su autor, — que dedicada á la distinguida cantante Carolina Pellegrini, decía :

“Los actores ilustres  
de la ópera italiana,  
divinamente accionan  
y bellamente cantan.  
Excitan movimientos  
de amor y de esperanza,  
las almas enternecen  
y los pechos inflaman.  
¡Cómo será posible  
que ilusiones tan gratas  
terminen para siempre !

¡Oh Nación ilustrada !  
Fomentemos la empresa  
y Carolina amada  
tan expresiva y dulce  
que nunca de aquí parta.”

El motivo que inspiró esa *Oda* fué el haberse anunciado que la Pellegrini se separaría del cuadro de Opera, disgustada con la Empresa, á cuyo frente habíase puesto D. Manuel Eduardo de Gorostiza, quien delegó todos sus poderes en un antiguo y mal recibido actor nombrado Joaquín Patiño, hombre no desprovisto de ingenio, pero intrigante y mal intencionado para con todo artista, según nos lo pintan los periódicos de esa época, entre ellos el que se tituló *La Llama de Vulcano*, que haciéndose eco de injustas prevenciones llegó á decir de él : “como buen gallego es torpe y obstinado en sus torpezas,” y más adelante añadía : “Las intrigas de Patiño para indisponer á los artistas del cuadro de Opera Italiana, han producido fuerte alarma en el público y originado entre los abonados y en la Empresa un conflicto que acaba de resolver el Ministro Sr. Lombardo, expidiéndole pasaporte para que salga del país. ¿Hasta ahora le vino á las mientes á S. E., que Patiño debía ser expulsado de la República como español no exceptuado?”

A su tiempo volveré á tratar de Patiño, cuyas intrigas estuvieron, en 1836, á punto de promover un motín, que del teatro trascendiese á la política.

## CAPITULO XIII

1833.—1835.

No pretendiendo mi libro, como no pretende, señalarse como un estudio filosófico y crítico de la marcha y progreso del Teatro en México, pues de ello no me juzgo capaz, vengo procurando hacerle menos insignificante al convertirle en una especie de repertorio de noticias de nuestros espectáculos, á fin de que tenga, al menos, esa curiosidad. Por tal motivo, hablaré aquí de las primeras ascensiones aerostáticas intentadas ó realizadas en México en aquellos días.

El primero que procuró verificarlas fué Mr. Adolfo Theodore, francés, natural de Lyon. Este individuo, de quien ya dije ser conocido



y apreciado como físico y prestidigitador, y por haber sido el primero que aquí instaló el alumbrado por gas hidrógeno en un teatrillo de la calle de Zuleta, en que también expuso un pequeño modelo de ferrocarril de vapor, fué presentado y recomendado al General D. Manuel Barrera, el famoso negociante y empresario, por el actor español Bernardo AVECILLA.

Theodore mostró á Barrera periódicos de la Habana y de Matanzas, recomendando lo sorprendente de sus operaciones de ascensión de globos, y solicitó formar una Compañía que explotase tan nuevo y brillante espectáculo, por no creer que una sola persona se determinara á aventurar cinco mil pesos que calculó necesarios para verificar la ascensión. Barrera se entusiasmó con la fácil verba del buen francés, y le ofreció ministrarle esa suma en calidad de que le sería reembolsada con los productos de la primera función.

Theodore dió el primer paso, obteniendo en 11 de Enero de 1833, y de D. José Joaquín de Herrera, General de brigada y Gobernador del Distrito Federal, licencia para hacer ascensiones aerostáticas en la Plaza de Toros de San Pablo, propiedad de Barrera. En tal concepto, éste principió á ministrarle cuantas cantidades iba necesitando para la construcción del globo, aparatos, compra de ácidos, etc., hasta llegar á ocho mil trescientos y pico de pesos, que consumió en sus preparativos, hasta anunciar su *sexta ascensión*, y primera en esta ciudad, para el primer día de Mayo de 1833.

Del programa respectivo tomo el siguiente curioso párrafo: "Es en aquel momento que el impávido viajero se desprende de este suelo privilegiado de la naturaleza (quizá para no volverle á pisar nunca, según los arcanos de la Divina Providencia), que los mayores síntomas de sensibilidad se manifiestan en el semblante de cada uno de los espectadores, fluctuando sus espíritus entre el temor y la esperanza, al considerar el desamparo total que sigue al viajero en tan espantosa carrera. A la elevación de mil varas, el volador dejará bajar un hermoso paracaídas de tafetán, conducido hasta el suelo por un águila dedicada al Sr. General D. Manuel Barrera, en prueba de su agradecimiento y respeto por haberle suministrado las cantidades para habilitar esta función. Remontándose más en su vuelo, no se distinguirá al aeronauta, cuando todavía se divisará desde el imperio de Júpiter el globo mexicano como un lucero de fuego en medio de los celajes."

El día citado para la primera ascensión avisó Mr. Theodore, por carta que pasó al Alcalde en turno, D. José María Mejía, que no podría verificarla, "supuesto que se preparaba en la atmósfera tempestad y lluvia," excepciones que había puesto en su cartel, y "que con tales aparatos le era imposible cumplir su compromiso." El mencionado Alcalde y el Síndico D. Agustín Buenrostro, graduaron de frívolo pretexto los temores de Theodore y tomaron contra él providen-

cias que excedieron de la justicia, concluyendo por meterlo en la cárcel.

Visitado en ella por el Gobernador del Distrito, el infeliz aeronauta fué puesto en libertad bajo fianza, después de obligarse ante el Escribano D. Francisco Bala á verificar la ascensión, siempre que Barrera franquease lo necesario para la construcción de un globo más capaz.

Construido este segundo aeróstato, los catedráticos de Minería D. Manuel Tejada, D. Manuel Castro y D. Tomás Ramón del Moral, en ro de Octubre del mismo año de 1833, informaron, por comisión del Gobierno, que el globo tenía volumen y capacidad bastantes para soportar su carga, aun cuando no se llenasen de gas más de las tres cuartas partes: observaron á la vez que para la producción del gas era suficiente la provisión de hierro hecha por Theodore, pero no la de ácido sulfúrico, que, en su concepto, debía ser de veinte quintales más.

El aeronauta tuvo su dificultad para conseguirlos, pues el fabricante dijo no tenerlos listos y necesitar tres semanas para su elaboración. Theodore los buscó por varios lados y logró conseguirlos, si bien á mayor precio del ordinario, y anunció su ascensión para día 13 del referido Octubre; pero la víspera de él, el Gobierno mandó suspenderla, informado de que faltaban al aeronauta los conocimientos necesarios para hacerla sin riesgo de su persona.

En un largo escrito del General Barrera, de que me sirvo, casi á la letra, en estos apuntes, se dice: "Yo me había abstenido de hablar sobre este particular, porque no quería decir que el Supremo Gobierno había sido la causa y origen principal de que no se hubiera verificado la ascensión, de que se hubieran hecho tantos gastos inútilmente y de que á Mr. Theodore le quedase camino para disculparse."

Fenomenal fué la zambra que se armó con este segundo chasco: Barrera y Theodore fueron insultados á más y mejor en los papeles públicos y el asunto se consignó á las autoridades judiciales á fin de que se procurase la devolución del precio de los boletos vendidos; pero Barrera, personaje de grandes influencias, se descargó con el desventurado Theodore y demostró que, si bien era cierto que los billetes habían producido catorce mil cuatrocientos veintiséis pesos, los gastos ascendían á catorce mil quinientos cincuenta y seis y gastádose, por lo tanto, ciento treinta pesos de más sobre aquella suma. En el primer globo se emplearon setecientas treinta varas de tafetán, que costaron mil cuatrocientos pesos, y mil trescientas treinta y cuatro en el segundo, con un valor de mil doscientos cincuenta y un pesos: cincuenta quintales de ácido sulfúrico valieron mil novecientos pesos.

Queriendo probar que Theodore y no él era el responsable de tanto fracaso, Barrera demandó al aeronauta, le redujo á prisión y en ella le tuvo hasta el 26 de Marzo de 1835, en que consiguió que le devolv-



viese el segundo globo y los utensilios y ácidos que no habían tenido empleo. Theodore, reducido á la miseria, fué escarnecido así por los redactores de *La Lima*: "Nosotros tuvimos la fortuna de calificarlo de calabaza ó bibrón á la vista del aparato con cuyo auxilio se iba á remontar hasta el anillo de Saturno, porque desde luego se notaba que era necesario desconocer las leyes generales de los fluidos para haber intentado henchir el globo de la manera que él lo pretendía. Mas cuando hemos visto que de nada influyó su *gas alcalino* para ascender, no podemos dejar de rendirnos á la evidencia, diciendo que voló, no el Montgolfier, sino el dinero de los empresarios, el del público y la más pequeña opinión que pudiera recomendar al físico viajero. ¡Qué tunante!"

D. Manuel Barrera, para acallar la grito que encima se le vino por la no devolución de las entradas, procuró, con pretexto de compensar al público, proporcionarse otro aeronauta, y explotar este nuevo espectáculo, que tanto parecía interesar á sus conciudadanos, puesto que al anuncio del primer ensayo habían acudido con la respetable suma de más de catorce mil pesos.

La fortuna, que siempre siguió á Barrera, hizo que llegase á los Estados Unidos, precedido de justa fama, el notable aeronauta Mr. Guillermo Eugenio Robertson, nacido en París en 1799, é hijo del celeberrimo Esteban Gaspar, natural de Lieja en Bélgica. Este último, distinguido profesor de física en la Universidad de su patria, pasó á París en 1793, época la más tempestuosa de la revolución francesa, á proponer á aquel gobierno un espejo de Arquímedes perfeccionado, con el cual pretendía poder incendiar las flotas de Inglaterra. En sus gabinetes del Jardín de Capuchinos y del Pabellón de Echiquier, sorprendió y asombró á todo París con sus experiencias fantasmagóricas, en las que hacía presentarse los espectros de los revolucionarios y de sus víctimas, con tan perfecta ficción, que la autoridad hubo de intervenir en moderar el escándalo, y se creyó obligada á desterrar á Robertson de la Capital.

Algún tiempo después, y de regreso en París, dió la primera idea de emplear los globos como recurso estratégico, y construyó y montó el aerostato histórico *Fleurus*. El genio activo de Napoleón, encontrando el globo muy molesto y muy lento para seguir el vuelo de sus águilas, se deshizo de esta *máquina*, que no le pareció útil desde el momento en que también el enemigo podía servirse de ella.

Esteban Robertson fué el primero, á su vez, que dió á conocer en Francia el Galvanismo. Como aeronauta ejecutó en Europa cincuenta y nueve ascensiones, y en la que verificó en Hamburgo en 18 de Julio de 1803, alcanzó la altura de tres mil seiscientos sesenta toesas, á que nadie antes de él había llegado. Suya fué también la invención del paracaídas, malamente atribuída á Garnerín. Enriqueció la física

recreativa con multitud de ingeniosos descubrimientos, escribió una obra que intituló *La Minerva ó navio aéreo, destinado á los descubrimientos, propuesto á todas las Academias europeas*, y redactó é imprimió en dos volúmenes sus *memorias*, interesantes por su saber en ciencias físicas, por su estudio de las costumbres de los diversos países que visitó, y por sus picantes anécdotas acerca de los soberanos y hombres célebres con quienes mantuvo relaciones. Esta obra estuvo de venta en la librería de Seguín, sita en el Portal de Mercaderes, al precio de once pesos en pasta.

Su hijo, Guillermo Eugenio, fué también notable por sus experiencias de física y por sus numerosas ascensiones aerostáticas en Lisboa, Oporto, Madrid y París. Hallándose en Lisboa, ejecutó en 10 de Diciembre de 1819 un descenso en paracaídas, desde la altura de dos mil quinientas toesas. Físico entusiasta por su arte, trajo al Nuevo Mundo el majestuoso espectáculo de las ascensiones aerostáticas, y Filadelfia, Nueva York, Nueva Orleans y la Habana, por él conocieron este importante descubrimiento, gloria y honra del genio francés.

Volvamos á tratar de su venida á México. "Luego que supe que Mr. Robertson se encontraba en los Estados Unidos—dice D. Manuel Barrera—y que había verificado varias ascensiones en Nueva York, practiqué las mayores diligencias para atraerlo á esta Capital, á cuyo efecto hablé con D. Antonio Parrot para que invitara al aeronauta á emprender el viaje. Cuando llegó á esta ciudad lo solicité por medio del corredor D. Ernesto Massón, y acordamos las condiciones bajo las cuales verificaría su ascensión, quedando estipulado y firmado que le he de entregar diez mil pesos por el desempeño de la función, cuya suma será depositada tres días antes, en la casa de comercio que el aeronauta señale, sin hacer uso de ella hasta el día siguiente de haber verificado la ascensión, de cuyo contrato fueron testigos, y lo firmaron también, el coronel D. Francisco Garay, que casualmente se hallaba presente, D. Ernesto Massón, como corredor, y D. Manuel Pruneda."

Previa licencia del Gobierno del Distrito, el aeronauta anunció para el jueves 12 de Febrero de 1835, su primera ascensión en México, á las once en punto de la mañana, y en la Gran Plaza de Toros de San Pablo.

"A las nueve de la mañana—dice un periódico—se franquearon las puertas de la Plaza, y vióse el esferoide de proporcionada magnitud, henchido ya de gas hidrógeno cuanto cabe para el efecto que se pretende. Consecutivamente fueron lanzados los pequeños globos precursores, para indicar la dirección del viento. A las once, poco más, entró Mr. Robertson en su preparada barquilla, donde se despidió tierna y afectuosamente de sus amigos y otras personas notables que detenían el vuelo del globo hasta el debido momento de verificarlo.